

“La intolerancia contra los cristianos en el espacio público está creciendo en Europa”

-Entrevista a José Luis Bazán, consultor de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE) y profesor de Derechos y Libertades Públicas de la Universidad Internacional de La Rioja

Isabel Teixeira Da Mota

Europa camina hacia la limitación de la libertad religiosa y la imposición de un modelo cultural de secularismo en el cual el relativismo es el valor dominante en la política y la sociedad. Este es el panorama de libertad religiosa en el continente europeo según José Luis Bazán, consultor de la Comisión de las Conferencias Episcopales de la Comunidad Europea (COMECE) y profesor de Derechos y Libertades Públicas de la UNIR (Universidad Internacional de La Rioja). El experto impartió en la Universidad de Navarra el seminario “Libertad de Religión en la Unión Europea”, organizado por el proyecto de investigación ‘Religión y sociedad civil’, del Instituto Cultura y Sociedad.

¿Cual es la situación actual de la vivencia religiosa en las sociedades europeas?

El panorama de la práctica religiosa en Europa se está volviendo cada vez más complejo. Por un lado, estamos viviendo una transformación de la naturaleza de la creencia religiosa, una especie de privatización de la religión en la que el contenido dogmático y moral de la religión es establecido por el propio individuo, a modo de menú a la carta, sin aceptar la doctrina declarada por la autoridad religiosa como fuente de verdad. Por otro lado, la llegada de un número nada desdeñable de inmigrantes de religión islámica a Europa en las últimas décadas ha incrementado el número de mahometanos hasta superar los 17 millones, con una creciente presencia en países como Bélgica, Francia, Austria, Suiza, Reino Unido, Holanda y Alemania. Aunque minoritarias, se han instalado, además, en Europa ciertas creencias orientales que encajan bastante bien con las modas relativistas y el boom de la cultura de la autoayuda, siendo el budismo el ejemplo más señalable.

Ese cambio de naturaleza del fenómeno religioso, ¿tiene relación con limitaciones a la libertad religiosa?

La mentalidad social dominante, teledirigida por ciertas elites, facilita que algunos Estados y grupos de poder intenten arrinconar la religión a la sacristía. El Estado se está apropiando monopolísticamente del espacio público, invade competencias de la Iglesia y entra en conflicto con ella. La Iglesia dice que la verdad debe ser pública y por esto, en cuanto custodia y porta la verdad, tiene derecho a transmitirla

y a expresarla en el espacio público. El estado no tiene legitimidad para negarle este derecho.

En lo que toca a la libertad de religión, ¿cómo ve usted la relación de la Iglesia Católica con los Estados en Europa?

Europa es una realidad excepcional por la presencia bimilenaria del Cristianismo y su inigualable influencia en la configuración de la mentalidad europea y en sus instituciones. Sin embargo, no existe un modelo único, sino una heterogeneidad inmensa que va desde los modelos español e italiano de cooperación al modelo excluyente del laicismo francés, pasando por diversos grados de confesionalidad, oficial o de hecho, típicamente en los países escandinavos (aunque en los últimos años la oficialidad de la religión ha decaído), en Inglaterra o Grecia.

Hoy día, ¿qué es lo que más preocupa la Iglesia Católica con relación a este tema?

Hay un reto y lo ha señalado Benedicto XVI: el relativismo, la puesta en duda de la existencia de una verdad objetiva. El mayor problema es la falta de reconocimiento de la existencia de una realidad objetiva que no depende de la voluntad del sujeto o de su autonomía, que está más allá del dominio del hombre y que le es accesible. No es infrecuente encontrarse con personas que pueden entender que hay verdad, pero no la consideran accesible y por tanto caen en un pragmatismo escéptico (incluso, cínico) cuyo principio básico es 'vivamos como si la verdad no existiera'.

¿En este sentido, cual es la situación del Cristianismo en Europa?

El laicismo está utilizando la diversidad religiosa para negar al Cristianismo su valor primordial en la configuración de Europa, al tiempo que busca desesperadamente el olvido del pasado bimilenario para refundar el *ethos* europeo sobre sus propios postulados agnósticos cuando no decididamente ateos. La intolerancia contra los cristianos en el espacio público está creciendo: el aumento de las ocasiones en las que los cristianos se ven obligados a acudir a los tribunales para defender la expresión pública de sus convicciones es un signo elocuente de ello. El caso en Gran Bretaña de la azafata de British Airways a quien impidieron de llevar una cruz es paradigmático. Ganó el caso en el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, pero vemos otros casos preocupantes en los que dicho Tribunal no ha entendido en qué consiste la libertad de religión. Por ejemplo, la negativa a aceptar la objeción de conciencia del funcionario de registro civil que pedía la sustitución para no ser él quien llevara a cabo la inscripción de matrimonios homosexuales. O los casos cada vez más frecuentes de violencia en cementerios o templos.

¿Qué respuestas a esta situación se están planteando?

Por una parte hay que establecer modelos de cooperación entre religión y Estado para frenar la tendencia a la reducción de la libertad social. Además es

importantísimo que se tutele el derecho a la objeción de conciencia, que permite garantizar la libertad moral de las personas y el propio sistema democrático.

¿Y el papel de la inmigración en la nueva situación de la religión en Europa?

La mayoría de los emigrantes que llegan a Europa son creyentes cristianos o musulmanes. Los inmigrantes cristianos contribuyen en buena medida a la revitalización de algunas comunidades cristianas que habían perdido su fortaleza originaria. En aquella inmigración de origen cristiana que viene a Europa, se observa un cristianismo firme, arraigado, practicante. No pensemos solamente en la emigración iberoamericana, sino también en la africana e, incluso, en la asiática. El padre Manuel Pierola, que pasó media vida en Taiwán, celebra misa en chino en la parroquia Cristo Rey de Usera, porque hay una comunidad china pujante en España. Vemos que es una savia nueva que alimenta. Por su parte, la inmigración musulmana hace crecer la comunidad islámica residente en Europa, que juega un papel aún menor pero no desdeñable, incluso políticamente, como lo demuestra el decisivo voto masivo musulmán que aupó a Hollande a la presidencia francesa.

¿Cómo es percibida la religión islámica por las sociedades europeas?

La existencia de un Islam muy radical, dentro y fuera de Europa, no ayuda a mejorar la imagen del Islam en su conjunto. Muchos europeos se preguntan dónde está la voz condenatoria de los líderes del islam cuando se producen atrocidades por parte de fundamentalistas islamistas. Por otro lado, está difundida en Europa la percepción de que las normas sociales y culturales propias no siempre son respetadas por los inmigrantes, sobre todo de cultura musulmana, lo que origina cierto rechazo. Además, hay lugares donde la comunidad islámica está creciendo exponencialmente y se están formando verdaderos guetos. En Bruselas, por ejemplo, más de un 20% de la población practica la religión islámica. En Holanda es muy visible, y en Francia también, especialmente en París y algunas otras ciudades. Existen problemas serios en Suecia, sobre todo en Malmö, donde se observa una creciente hostilidad de miembros de la comunidad islámica hacia la minoría judía. Impresionan las imágenes de las calles de Moscú tomadas por cientos de varones arrodillados rezando, y plantean al mismo tiempo un problema a las autoridades locales.